



***Campeones*, porque así nos consideramos
(*Campeones*, Javier Fesser, 2018)**

Recuerdo que un discapacitado estaba presente en la misma sala de cine en que yo entré a ver *Campeones*. Era un niño pequeño con sus dos padres. Yo, inconscientemente, intentaba adivinar cómo estarían reaccionando ante cada situación que la película proponía, y en uno de estos intrusivos intentos de adivinación encontré el estro para realizar este análisis: el encuentro del protagonista con los demás personajes supuso para mí un momento incómodo, cuanto menos. No sé si por mí mismo y mis valores, tal vez demasiado arcaicos, o porque sabía que allí presente estaba, que yo supiera, al menos un discapacitado, con el que me era imposible no empatizar en mi inexorable imaginación. Este hecho marcó para mí el sentido sobre el que la importancia de la obra gira. Me aventuro a realizar la crítica de esta película porque, en primer lugar, ha creado en mí un conflicto no solo moral, sino de decisión, y sentimientos fuertemente encontrados, y en segundo lugar, porque considero que ha sido bastante sobrevalorada.

Humor y discapacidad

Parto de la escena en que el entrenador y los jugadores se conocen para construir todo mi argumento: me resultó esperpéntica.

El humor (o intento de humor) que la película inspira por lo pronto es desagradable y poco elegante, propio de una *sitcom* de baja calidad, de esas que muy de tanto en tanto logran

sacarte una risa vaga, algo autocomplaciente y casi obligada. Repito que, de momento, me remito a la primera toma de contacto entre el entrenador y su equipo. Esta escena se recrea en los tópicos y el humor absurdo, y menos mal que otros aspectos compensan a lo largo de la película el continuo uso de estos que, a su vez, van deconstruyéndose un poco, porque de lo



contrario estaríamos hablando de una película que dejaría bastante que desear. Los primeros minutos se caracterizan por la burla fácil, simple.



Unos chistes repletos de clichés que no aportan nada que no se haya visto ya, tan típicos que parecen hechos por el mismo escritor de *La que se acerca* (véase la escena en la que Marco, el protagonista, pregunta a un jugador su nombre, y este le contesta: “Jesús Lago Solís”), muchos de ellos innecesarios, salvando unos pocos.

En los primeros minutos del film el propósito del director no parece ser el de ahondar en los personajes de los discapacitados, de forma natural y cercana: parece alejarse de ellos como de seres contrarios y ajenos, que no sé si con ello pretende reflejar el gran peso que soporta la sociedad de prejuicios e ideas tóxicas, o simplemente responde a un mal hacer.

Pero desde luego el humor, al menos ahora, es de muy mal gusto y crea en mí un sentimiento de incomodidad que, si bien puede estar precisamente buscado por parte del director para que el espectador se deconstruya a sí mismo y reflexione sobre lo que es y aporta en la sociedad, sus reacciones y comportamientos frente a los discapacitados, así como lo que estos son y aportan también en esa misma sociedad, opino que no naturaliza la situación, sino que la agrava, precisamente por focalizar en los aspectos más tópicos de la minusvalía, lo que manifiesta un nulo compromiso con la sociedad y con el gran valor didáctico al que una comedia como esta podría haber aspirado (aunque sí lo tenga, como veremos más adelante).

Cabe mencionar, además, que los golpes de

humor en esta escena se suceden de una forma demasiado acelerada, forzosa. Parecen colocados uno detrás de otro para presentar el planteamiento con el que la película va a jugar y para crear un ambiente que, lejos de ser hilarante, me resultó más bien bochornoso y burlón. Tal era mi incomodidad, que yo no paraba de pensar en el chico discapacitado que estaba viendo la película también.

Sin embargo, el humor presente en las primeras escenas evoluciona poco a poco, casi sin darnos cuenta, así que para construir la estructura de este análisis era necesario que me tragara muchas de mis propias palabras, tal como me fue necesario anular muchos de los pensamientos y sensaciones que en un principio me inspiró la película.

A partir de su primera mitad los personajes van siendo más queridos por el espectador, se les va conociendo mejor (dentro de lo que cabe, pues lo que conocemos son en realidad sus muletillas y aspectos más tópicos, reducidos a clichés, traídos por la caricatura que el director ejecuta sobre los personajes, y no tanto sus personalidades como tal). Esto implica un humor más basado en este conocimiento, es decir, más cercano a los personajes y algo menos estereotipado. Las situaciones cada vez resultan más amables y cercanas, y aunque llevadas en ocasiones al extremo, como es el caso de la vuelta en autobús tras el partido en Cuenca, suelen ser acertadas.



El cariño entre los integrantes del equipo va percibiéndose, y con ello la ternura del entrenador, enterrada bajo capas y capas de frustración cotidiana. Las mismas bromas que antes te resultaban incluso repulsivas ahora consiguen sacarte al menos la sonrisa. Entonces parece que todo lo que estabas criticando ahora lo perpetúas, con tu risa y tu atención al film. Eres uno más de esos mentecatos que se ríen por cualquier cosa.

Quizás el director buscaba esto y yo no soy más que un títere a su merced. Quizás ha logrado

que desaparezcan en mí esos esquemas mentales, prejuicios y represiones que nunca debieron existir, y rebajar la importancia de ciertos aspectos. La comedia que comenzó diciéndote bien claro y a la cara “ríete, debes reír con esto”, acaba acompañándote amablemente a desternillarte en un ambiente de pasotismo, y quizás algo de gamberrismo, pero al fin y al cabo, de risa sana. Risa justificada. Risa culpable, quizás, pero porque nos culpamos por absolutamente todo, por nuestras estúpidas represiones, no porque estemos haciendo algo malo. Así que, quizás el director sí ha hecho un buen trabajo. O quizás lo que ocurre es que, tras una hora de película rodeado de gente que ríe a carcajadas, sintiéndote raro, forzando tú mismo de vez en cuando una que otra risa casi obligada, te has acostumbrado a reír por nada, te has acostumbrado a ese tipo de humor algo rancio.

Quizás, que no me decido. En cualquier caso, este cambio de humor es un ejemplo más de que las películas deben visionarse hasta su final para poder construir una opinión rigurosa, ya sea como crítico o como espectador.

En cuanto al baloncesto, los partidos, los entrenamientos... solo son meras excusas para disfrazar ese humor, al principio algo absurdo y guasón, y después un poco más elaborado y amable (solo un poco más). En ellos no reside mayor importancia, son un medio para mostrar el comportamiento tanto de los jugadores como del entrenador.

Y en cuanto al niño y sus padres: al final de la película los observé, y salían riendo. Con esto no quiero decir nada. Simplemente me limito a describir lo que vi.

Protagonismo o egocentrismo

Campeones es una película que busca la empatía del público... ¿qué público? He aquí donde reside lo que yo considero el principal problema de esta película: no busca la empatía del público discapacitado. De hecho, parece que directamente lo olvida. Busca la evolución, reflexión y emoción del resto.

En este sentido, es el protagonista y su progreso durante el transcurso de la obra lo que recibe la máxima atención: desde esos momentos en que todo se le hace cuesta arriba y está completamente amargado, pasando por esos entrenamientos obligados que le irritan como a cualquier otro profesional sin vocación,



hasta ese último partido en que el protagonista se ha dado cuenta de todo lo que tiene que aprender de ellos, el club de Los Amigos.

Hablemos claro: la película no trata sobre la discapacidad. Ni sobre baloncesto. Ni sobre un equipo de baloncesto cuyos jugadores tienen discapacidad. Ni sobre los problemas de los discapacitados. La película trata sobre el protagonista y, en última instancia, sobre nosotros, los espectadores. En este sentido, podríamos decir que el film es un ejercicio de proyección del ego más que de empatía con el otro, en este caso, el discapacitado.

No está en mis intenciones criticar el claro propósito del director de rebajar la importancia de este tema en lugar de agravarla: lo que pretendo criticar es el peligro que corres si, por un mal hacer, la película vira a rumbos no deseados por nadie, como es el de la banalización. Y opino que esta película incurre en este delito. Y no ya por las bromas que puedan gustar más o menos, o por la visión que se pueda dar de los discapacitados, a veces llevada a una caricatura demasiado excesiva (si es que hay alguna caricatura que no sea excesiva) o demasiado facilona, sino por algo mucho más subliminal pero que, sin embargo, se hace patente a lo largo de toda su duración: todo gira en torno a Marco, el protagonista, mientras el resto de personajes son relegados a un segundo plano que los reduce a una estática plana, sin ninguna complejidad ni relevancia en la trama, ridiculizados en muchas ocasiones.

Los problemas de Marco son los importantes. Su evolución es la que interesa. Sus reflexiones, su aprendizaje, su trama... Así, todo gira en torno a él. Sus preocupaciones son serias, reales, cotidianas, dignas de la empatía del espectador. Su complejidad, a la que hay que añadir la brillante interpretación de Javier Gutiérrez, es la que aporta cierta seriedad a la película.



Pues bien, ¿no debería la película tratar de una forma un poco más profunda al resto de personajes, en lugar de situarlos como meros medios para que el protagonista crezca personalmente, cuando el eje argumental no existiría sin ellos? Y por otra parte... la evolución de Marco es muy interesante, sí. Su personalidad es atractiva y seduce al espectador, porque es alguien que podrías encontrarte cualquier día por la calle.

Pero, sin embargo, el resto no son personas discapacitadas que podrías encontrarte por la calle: son sus caricaturas, sin problemas, casi despersonalizados, deshumanizados. Este carácter simplista, de cara al aspecto humorístico de la película ya es escasamente útil, pero supone para mí un gran defecto con lo que a compromiso social y ético respecta, y también de la película como obra, independientemente de lo anterior (si es que se puede concebir una película independientemente del compromiso con la sociedad por parte del autor).

Los que deberían suponer una parte esencial de la trama principal acaban siendo meras excusas para que el espectador, junto al protagonista, encuentre la reflexión implícita en la obra, que es su plato fuerte.



Si bien es cierto que aproximadamente a la mitad de la película (minuto 0:42:00) los personajes adquieren cierta profundidad, puesto que nos acerca a sus situaciones

cotidianas y sus problemas, enseguida esta sensación vuelve a disiparse entre los problemas de Marco con respecto al niño que su mujer, Sonia, quiere tener, o su amargura, o cualquier otra cosa que no concierna al resto.

Tan amargados como el entrenador

Marco representa la dureza del día a día, de la rutina que nos ahoga y nos irrita, que nos insensibiliza ante los problemas y las penurias de otras personas.



Ejemplo de esto es la primera escena de la película, en la que el protagonista manifiesta un comportamiento algo agresivo en una situación, tristemente, bastante costumbrista: *'el de las multas' va y me pone una multa... ¡a mí, que solo he ido a por el pan cinco minutos! Claro, ¡si es que enchufan al más tonto para trabajar!* Con esto no quiero transmitir que la película busque la identificación del espectador con el personaje: sin embargo, todos conocemos a alguien que se parece a él o se comporta como él.

Es en este sentido en el que la obra busca nuestra empatía, y en el que intenta representar la amargura de las personas. Así que, con esa palmadita en la cara al discapacitado, con esa *perla* del protagonista que te invita a detestarlo (y a reconocerlo como familiar) ya en los primeros minutos del film, se abre la senda por la que este va a transcurrir: una senda que, si bien se puede caminar de forma liviana, entre risas con los que tienes al lado en la sala, debe hacerse con cuidado, pues cada detalle que te encuentres supone una pequeña reflexión sobre lo mucho que nos queda por deconstruir en nuestra sociedad (y construir, también).

Marco es un espejo donde el espectador puede mirarse (si quiere esforzarse, o si se reconoce) en todo momento y preguntarse qué ha hecho y hace mal en su vida cotidiana, y si debería cambiarlo. Y no solo puede identificar sus

errores en los de Marco, sino también aprender de él. La evolución de éste supone una moraleja para nosotros. El director pretende mostrarte los distintos estadios por los que pasa la relación entre el entrenador y el resto de personajes, que intenta representar en parte la manera en que cada uno de nosotros, los espectadores, nos comportaríamos en su situación: primero, de manera prejuiciosa e irascible, entremezclada con el tratamiento burlón que el director imprime; después, con un *colegueo* algo insano, que quizás revela una falta de tacto más que una normalización de la discapacidad y, finalmente, ese paso de soportar a la espalda a los jugadores, a defenderlos de las faltas de otra gente, como nosotros antes, bastante desconsiderada.



Esto se manifiesta en la vuelta en autobús de Cuenca. Sus integrantes se muestran impacientes, desconsiderados y poco sensatos a la hora de tratar con los discapacitados. Su amargura está patente, en contraposición con la sonrisa del niño, ajeno a las convenciones sociales de los adultos, que se aventura a comunicarse con Los Amigos, de manera inocente, a lo que su madre reacciona de una manera fría y cautelosa. El conductor del bus reprende al equipo, y el protagonista se implica en su defensa: se encuentra él solo contra el resto de personas. Su presente y lo que él fue hace no mucho tiempo, antes de conocer a Los Amigos, se confrontan para mostrar la progresión del personaje como un ejemplo a seguir para el espectador (cabe mencionar que ver cómo al final echan del autobús a todos supone un acierto en cuanto a humor se refiere. Aunque algo típico, sí es efectivo). Y, finalmente, llegamos incluso a aprender de ellos lecciones fundamentales sobre la vida, inosotros, que estamos en pleno uso de nuestras capacidades! Quizás estas reflexiones finales justifiquen aquel humor rancio y burlesco que antes mencionaba. O quizás no, eso ya lo dejo a decisión del lector (y espectador

de la película, espero).

Reflexión final

Llegados al partido final, ya no hay quien nos levante de la butaca. Si algo ha conseguido la película, es engancharnos a ella endiabladamente. Después de casi dos horas conviviendo con el equipo, riendo o no haciéndolo, sobrellevando los problemas de Marco y viajando y dando la nota allá donde fueras con ellos, ya eres uno más y quieres quedarte para ver si ganan o no. Anhelas que lo hagan. Tanto como Marco lo hace. El partido final, aunque arquetípico (equipo mediocre muy motivado que se encuentra con equipo de jugadores altos e intimidantes), resulta efectivo porque inspira tensión. Pero cuando este llega a su final... aquello que tanto deseabas no se cumple.



Entonces te acomete un impacto visual, emocional, conceptual, simbólico, ... y eres testigo de ese abismo que te separa del resto de jugadores. Vuelves a encontrar familiar el semblante de Marco. Una vez más, el espectador y el protagonista sois la misma persona, tenéis demasiado en común. Durante toda la película has estado pensando que es un amargado: ahora sabes que tú también lo eres. Pero aún puedes cambiar esto.



Los jugadores están felices y ríen. Te lo contagian. Y, de nuevo, Marco ha aprendido, tú has aprendido: los dos, a la vez. Vuestra resignación por la derrota se contrapone a la diáfana e inocente felicidad de los jugadores,

esa felicidad que no entiende de consecuencias, segundas opciones, frustración o ese *¿y si lo hubiera hecho de otra manera?* que nos carcome por dentro a la mayoría de nosotros. Crees comprender ahora el cometido de toda la película. Lo que empezó como una comedia bastante barata con claras deficiencias morales bajo mi humilde punto de vista, acaba erigiéndose como una gran crítica a la sociedad frustrada, reprimida, infeliz, que no sabe disfrutar ni valorar lo que tiene, ni tampoco reírse de sí misma ni de los demás sin que los tabúes la cohíban. La risa natural, la risa sin prejuicios, la risa sin compasión es la risa de la igualdad, la que debería existir siempre. Entonces Javier Fesser defiende lo mucho que deberíamos aprender del equipo de Los Amigos. Sin embargo, ¿ha merecido la pena soportar todas esas bromas burlescas y facilonas? ¿Justifica esta genial moraleja lo caricaturizados que aparecen los personajes y su pobre complejidad psicológica? ¿Es necesario explotar tanto y de una manera tan poco elegante los tópicos para machacar a los tabúes anteriormente mencionados? ¿No podría Javier Fesser haber lanzado su crítica de una manera mucho más pulida? Pues esta decisión queda ya en manos de vosotros, porque ni siquiera yo me decido aún.

Otros fallos y puntos fuertes...

En este apartado mencionaré algunos detalles que considero destacables.

- El personaje de Julio, el anciano, resulta muy entrañable y un gran acierto en aquellos primeros momentos cuando en tu interior gobierna un bochorno, al ver que todo el mundo en la sala del cine se ríe de las bromas que la película nos gasta al intelecto. Supone un alivio, una puerta entre el mundo del protagonista y el de Los Amigos, para que el primero la atraviese y así pueda conocerle (y nosotros con él). Julio aporta sensibilidad y humanidad entre tanta aspereza.



- El hipocondríaco es el favorito de todos. Y lo sabéis. Es el más gracioso y humano. Cuenta con los momentos cómicos más destacables, los mayores aciertos de la película, como esa palmadita al protagonista o ese control sobre los horarios de los vuelos de todo el mundo.



- Es impresionante cómo el personaje de Collantes, en la mitad de tiempo que el resto, consigue conquistarte por igual.

- La furgoneta con la que viajan todos juntos para jugar el partido final supone un *plant* bastante bien elaborado. Su dueño parece no tener una importancia durante la película más allá de representar el mundo cotidiano de Sonia e incluir algo de humor costumbrista, pero resulta crucial en el tramo final para que la acción pueda seguir su curso. Y de la misma manera ocurre con el jefe de Benito, el que friega los platos, pues sin su incorporación a la trama, para mí inesperada, jamás podrían haber viajado en avión Los Amigos.

- La forma en la que Sonia se incorpora en la trama troncal también me parece un acierto, pues no es previsible que acabe conduciendo ella la furgoneta para llevar a todos.

- Cabe destacar la escena en la que Los Amigos se quedan encerrados en el ascensor junto con el entrenador, porque logra llevarte al extremo. De nuevo, el entrenador aprende de los entrenados: a quitarle hierro al asunto, a mirar a la vida con otros ojos.

- En el minuto 1:24:16 una de las tramas secundarias se une también a la principal para regalarnos el momento más emotivo y reflexivo de toda la película. Sonia quiere quedarse embarazada, pero tiene cuarenta años, lo que implica ciertos riesgos. Marco teme que el bebé nazca con cualquier tipo de discapacidad, tal como las de Los Amigos. Entonces llega Marín y nos regala ese momento que antes comentaba, y es imposible no emocionarse cuando le dice a Marco que ojalá él fuera su padre.

Esta trama encuentra su desenlace cuando Marco da el paso y se decide a tener un hijo. La línea evolutiva del personaje está al fin completa. De forma paralela a su convivencia con el equipo, parece haber perdido el miedo a tener un bebé como ellos...

Igualmente, menciono también los que yo considero otros fallos que se deben tener en cuenta:

- Además de lo anteriormente comentado sobre el humor de la película debo destacar que, tras haberla visto cuatro veces, sus chistes los encuentro *de usar y tirar*: los que consiguieron sacarme risas en la sala de cine no volvieron a hacerlo ninguna otra de las ocasiones en que vi la película sin compañía.



- El protagonista parece no recordar haber visto anteriormente (o al menos no se dedica mayor importancia a esto) al chico que le puso la multa cuando lo conoce en el polideportivo. Supongo que esto es un recurso para que los espectadores lo olvidemos hasta más tarde, y así Marín pueda sorprenderte cuando le da la palmadita al protagonista (minuto 0:38:00). Sin embargo, que no mencionen nada sobre ello en su debido momento chirría un poco.

- El personaje de Román no está bien construido. Al final de la película se pretende concederle una relevancia que no se ha ido preparando a lo largo de ella. Es decir, esto constituye un error de guion en la construcción de expectativas. Al comienzo pasa desapercibido, por lo que darle tanta importancia al final confunde al espectador. No es un personaje que vayas a recordar tras ver la película. Cabe destacar que el personaje de Román logra significar bastante al final de la obra: la reflexión que parece extraerse como colofón es que jamás debes conducir borracho, porque puedes destruir la vida de muchas personas.

El film se llama *Campeones* porque Los Amigos así se consideran. A pesar de no ganar partidos, a pesar de encontrar muchas dificultades en su día a día. Son *Campeones* por la lucha diaria que disputan con la sociedad. Repito que lo son porque así se consideran, y punto. Y la película te invita de una manera bastante efectiva a considerarte, como ellos, un *Campeón* más. Pero quizás repara demasiado en ti, y muy poco en ellos, los verdaderos *Campeones*...

Jorge de Paz Patiño



Título original: *Campeones*

Año: 2018. **Duración:** 124 min.

Dirección: Javier Fesser

Guion: David Marqués, Javier Fesser

Música: Rafael Arnau

Fotografía: Chechu Graf

Reparto:

Javier Gutiérrez, Juan Margallo, Luisa Gavasa, Jesús Vidal, Daniel Freire, Athenea Mata, Roberto Chinchilla, Alberto Nieto Ferrández, Gloria Ramos, Itziar Castro.

Productora:

Morena Films / Movistar+ / Películas Pendleton

<https://www.filmaffinity.com/es/film206800.html>

<https://www.imdb.com/title/tt6793580/>

www.elpuenterojo.es